

hace ahora doscientos años—, según los cuales el principio del placer está ahogado por la sociedad, y es preciso modificar enteramente el contexto social, por evolución o por revolución. Es difícil señalar en cuál de los dos puntos de vista reside el idealismo, si en la transformación entera de la sociedad, en el sentido de una amplia libertad para el placer —y no sólo el sexual—, o en el de la busca de la solución «intimista» propuesta por Amador Fernández. Acepta esta que vivimos en una sociedad que mientras reprime por un lado exacerba por otro; no apunta la posibilidad de resolver esa contradicción social, sino la de que la salida «intimista» «permita bordear y guardar hábil y debidamente las normas sociales, si no quiere que su espíritu se paralice por falta de alicientes y que su intimidad acuse un alarmante déficit de ilusión por la vida». Pero esta forma de bordear las normas, en un continuo estado de inestabilidad y de riesgo, ¿no situará al individuo en lo que el propio Amador Fernández considera una «solución desastrosa»? Es decir, aquella que «prive al individuo de la paz interior, sin la cual el placer no es nunca capaz de proporcionar plena satisfacción». Coincidencia con el antes reseñado Jean Cohen, para quien «no puede haber una sexualidad dichosa en una mala conciencia», aunque quizá difieran en algún modo las definiciones de «paz interior», de uno, y «mala conciencia», de otro. Para Cohen, lo contrario de la mala conciencia es «la utilización de las sensaciones físicas por una conciencia abierta y bien desarrollada, tendiente a una sexualidad dichosa». Para Amador Fernández, la «paz interior» «supone y exige un ajuste de creencias, de gustos, de posibilidades, de intereses, de valores, de la intensidad de sus apetencias y del respeto que debe al medio social en que vive y del que necesita».

Este conformismo presenta algunos enigmas, como es el de las diferentes costumbres, medios, sociedades, hábitos o legislaciones que hay en el mundo. ¿Puede el individuo tener la plasticidad suficiente como para adaptarse a cualquier situación, «de acuerdo con su estado y su posición y de acuerdo con la

época y el lugar que le haya tocado vivir»? Pongamos un ejemplo extremo, pero que comprende a algunos millones de seres humanos: la mujer en la sociedad islámica, sometida desde niña a la ablación del clitoris, convertida en objeto, casada por sus padres con un desconocido, que puede hasta multiplicar por seis su edad, dueño quizá de hasta otras tres esposas y de un número ilimitado de concubinas; castigada severamente si infringe las normas —hasta con la muerte, en algunas zonas—, ¿puede encontrar una solución individual, intimista? ¿Puede hallar alguna solución intimista, alguna salida individual?

Evidentemente, Amador Fernández no escribe para esas sociedades, sino más bien para la nuestra o las nuestras. El hecho de que no lo diga concretamente y no aclare lo suficiente que en una sociedad como la nuestra pueda haber salidas individuales que se mantengan dentro de los límites de lo posible o de lo tolerable y, por lo tanto, el hecho de que no describa esta sociedad y las salidas que ofrece, a su entender, dificulta la aceptación completa del libro. Más bien, todas las páginas que preceden a las soluciones de optimismo, son un inventario de la dificultad de hallar tales soluciones y de la refinada complicación a la que se ha llegado en el momento presente. ■

Un Russell para el centenario

Bertrand Russell origina una escuela de filosofía que, especialmente a través de Wittgenstein y de Popper, llega a nuestro país como ideología burguesa moderna, un poco de recambio a la irresucitable «filosofía perenne» oficial. Actualmente, y gracias a su papel de ideología oficiosa, aunque un poco en precario, pues hasta esto huele a chamusquina en las delicadas pituitarias de ciertos ideólogos integristas, las diversas tribus de neopositivistas, analíticos y lingüístofilosofantes ocupan buena cantidad de puestos en las universidades autónomas —curiosas coincidencias objetivas con sectores tecnocráticos— y en algunos departamentos de lógica, co-

mo Valencia. Pero, sin embargo, en alas de un cientificismo crispadamente ultraformalista, las disertaciones de muchos de estos caballeros eran aptas casi sólo para Dios, los ángeles y tres o cuatro especialistas más. Por eso la importancia de un libro como el de John Lewis que acaba de sacar la editorial Ayuso, «Bertrand Russell, filósofo y humanista», pues expone una de sus bases y orígenes ideológicos de forma accesible a un público no especialista en este 1972, centenario de su nacimiento.

Russell, cáustico personaje, atractivo y contradictorio, increíblemente errado a veces, lengua viperina y sabia, basa la ciencia en un acto de fe en la razón científica, con lo que, de hecho, da paso a todo tipo de irracionalismos. Esta tesis es lo que hace que se le distancie Popper, y lo que lleva luego a Russell a chocar con Wittgenstein. El viejo y corrosivo polemista, frente a la ultraformalización ideolizante de sus sucesores, conserva más buen sentido que ellos. Según Lewis, «la nueva filosofía, opina Russell, se ha alejado de los problemas de la vida y dedica sus habilidades profesionales a eliminar embrollos de los cuales nadie sino los filósofos académicos se preocupan: los filósofos no hacen ahora más que aclarar los embrollos creados por otros filósofos. Russell quiere algo más que eso, pues quiere volver a la tarea de contestar a las preguntas que el análisis lingüístico ha abandonado».

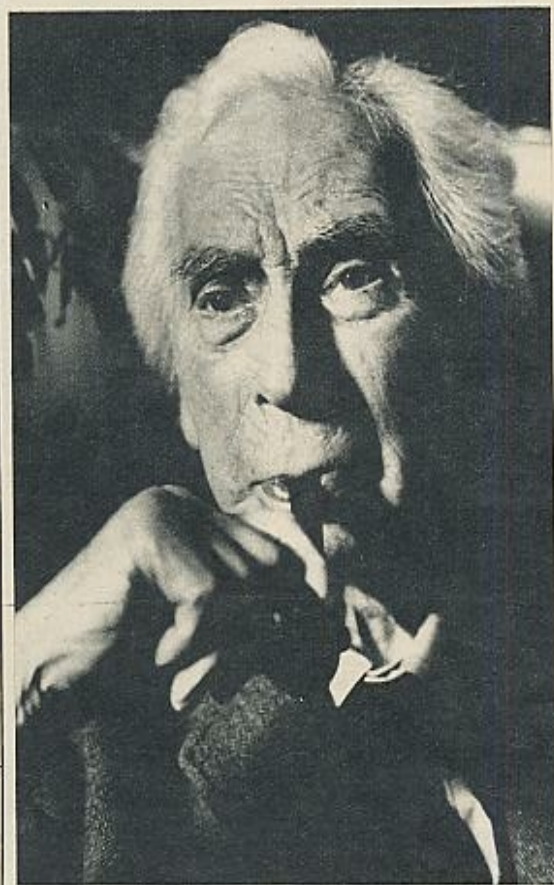
Russell, desde su originario platonismo y sus influencias por los realismos americanos, termina en una moral intuicionista y contradictoria que le hace ser pacifista cuando Munich, belicista luego, ahora pacifista otra vez y partidario del desarme atómico, y, en 1946, al igual que Jaspers, uno de los que pedían el bombardeo atómico preventivo de la URSS. Con estos liberales uno se pregunta a veces si nos hacen falta totalitarios. De todas formas, hay que recordar que su última actuación pública importante fue amparar con su nombre la denuncia de los crímenes de guerra americanos en Vietnam, en aquella patética denuncia moral atada de pies y manos.

Lewis lo subraya: «Tenemos que concluir que nos es imposible encontrar en

la filosofía de Russell esa unidad orgánica de pensamiento y realidad que hace el conocimiento inteligible y los juicios éticos válidos. Está divorciada de la corriente de acontecimientos de la realidad siempre cambiante. Hasta como lógico falla. Es solamente en las épocas de decadencia de la filosofía cuando la lógica se reduce a una mera disciplina formal. La lógica real se encuentra en pensar sobre la naturaleza de la realidad, no para interpretarla, sino

los metafísicos siguen teniendo la sartén por el mango; al menos, a nivel de poder académico.

Pero no olvidemos tampoco a Russell y a sus descendientes: han cumplido un trabajo positivo, pero en ellos no todo el monte es orégano. Como dice Lewis, «un autosatisfecho racionalismo de esa clase es una forma de irracionalismo. Significa una arbitraria detención del proceso histórico. Russell rechaza emocionalmente aquellas



para cambiarla». Duro juicio, pero justo. Con una contrapartida positiva en su ideología —independientemente de sus hallazgos científicos en el campo de la lógica—: que «el método analítico de Russell, desbarrollado por Wittgenstein y sus seguidores, ha barrido virtualmente los viejos esquemas metafísicos de nuestras Universidades». Tarea especialmente estimable en nuestro país, en cuanto que el tal barrido dista mucho de haber llegado a buen término: aunque muertos y reducidos a una seca piel agujereada por los gusanos, que con sus espasmos hacen a veces estremerse al cadáver en una falsa vida de pseudozombi,

formas de vida de su tiempo que no le gustan, pero con su espíritu ha forjado un sistema de análisis lógico que (a nivel ideológico, M. P.) petrifica el pensamiento al limitarlo a manipular proposiciones que reflejan las cosas como son... (en)... «un Universo congelado, sin movimiento». Es el statu quo elevado a categoría ontológica. Como decía Trotski de Celine, «rechazando no sólo lo real, sino también lo que podía sustituirlo, el artista mantiene el orden existente». Pero sólo en ese sentido es Russell un pilar del orden social burgués con el que tantas veces chocó el viejo y consecuente liberal ■

MÁ- NUEL PIZAN.